

Las hilanderas

A veces, los recuerdos se solapan unos con otros y no sabes distinguir lo que fue cierto y real de lo que la mente creó por su propia cuenta. Esto suele ocurrir con las personas que has convivido, amado y odiado mucho y se han ido de tu rumbo.

Quieres escribir sobre ellas, pero te bloqueas. Tantos recuerdos no entran en unos míseros renglones. Lo intentas y todas las ideas se marchan hacia algún lugar desconocido.

Son como faros del mar. Cuando te preparas para ir a dormir y comienzas a soñar, aparecen las huellas que dejaron esas personas en tu camino. Rastros de amor eterno, rastros de dolor, rastros de nostalgia y rastros desfigurados por la nocturnidad. Rastros que no tienen nombre y de ti sale una profunda rabia porque quieres rescatar a toda costa en la memoria un nombre que darles.

Lucía y yo fuimos amigas íntimas en la niñez y la adolescencia. Me separé de ella porque quise dejar de ser una niña. Yo con mi latente inocencia, descansaba muchas veces relajada con ella bajo la misma sábana.

Hoy todavía me despierto en mitad de la noche y no sé descifrar quién es Lucía. Un recuerdo fugaz o una persona que ya solo me acompaña cuando estoy dormida.

Hace poco, por iniciativa propia, me puse en contacto con Lucía. Le resumí los dolorosos años vividos de ingreso en ingreso y le hablé de los proyectos que tenía en mente. También le conté que ella aparecería en uno de mis relatos. Se alegró mucho.

En la familia de Lucía, el padre era geólogo y en sus ratos libres pintaba, y su madre era maestra. Mi amiga ahora es diseñadora. Le costó mucho hacerse un hueco evadiéndose de un mundo rodeado de artistas sofisticados. Lucía para mí era una auténtica artesana que conocía a la perfección del alma humana.

Ambas éramos niñas sensibles y complejas, cada una a su manera, y por ese motivo estábamos tan unidas. Mientras, desde pequeña, yo escribía en mi diario, ella se escondía de los demás en su cuarto para dibujar y tener su propio taller de manualidades; entre ellas destacaban sus fantásticas pulseras.

Lucía, desde pequeña, comenzó a tejer la psique humana a través de los finos hilos que marcan los nudos de la vida misteriosa que hay detrás de cada uno.

Tengo grabada una imagen vívida de ella. Tendríamos once años. Lucía confecciona una pulsera sentada en el suelo de cerámica frío de mi piso de la sierra. Mi abuela, que cose un bolso y desde la observa el sofá, se queda perpleja por la belleza de las pulseras. Los colores de estas alegran la dura sierra. Tras las ventanas, las rocas no hablan y el gran roble también calla. Lucía desvela los secretos de la naturaleza y yo, mientras, reposo entre ella y mi abuela.

Después de los años precoces llegan los inicios de la previa adolescencia. A ambas la intimidad con lo masculino nos aterra y el destino nos une para que sigamos juntas. En este duro trayecto permanecemos más unidas que nunca, sin guía ni rumbo ni manual de instrucciones breve. Creamos un mundo intelectual genuino para refugiarnos de los fantasmagóricos hombres

construyendo fantasías de mundos perfectos, manteniendo charlas de arte y de filosofía. Gracias a su ironía tan directa, nos divertimos, perplejas ante un mundo que no nos comprendía.

Yo nací en un mundo esencialmente femenino, formado por mis tres hermanas, mi tía, mi madre y mi abuela. Hui de todo lo que subyace a lo masculino refugiándome en la literatura.

Comencé a perder peso de forma ostensible. Un miedo aterrador a los primeros hombres que aparecen en mi vida hizo que me consumiera hasta los huesos. Mi pánico hacia todo lo desconocido me llevan a convertirme por mi propia cuenta en la niña de los ojos de todo el mundo, que no asume responsabilidad ninguna ni se preocupa por el resto de los que me acompañan. Así, creé una imagen de mí misma de la eterna niña consentida.

Los años que conviví con Lucía fui como la joven diosa Perséfone.

Perséfone, la eterna niña dulce e inocente, vivía en una morada, arropada bajo la luz de una fogata donde se cocían, poco a poco, todos los alimentos de los que sus familiares le abastecían. Un día, salió de su hogar con la idea de caminar por los armoniosos lugares que siempre recorría y tropezó con una piedra, grande y maldita, que, en su fuero interno, anhelaba hallar. Era aquel hombre perverso, Hades, que en tantas fantasías se le aparecía. En sueños, se opone a los seres protectores que la mecían y en las manos de Hades, el dios del Inframundo, comienza su agonía.

Lucía, mientras, crea una sombra que la atormenta. Se mira al espejo y observa un monstruo creado por su propia conciencia. Bajo su espejismo, su bella cara de porcelana se derrite como la cera de una vela. Sus frustraciones se convierten entonces en una sutil envidia. Lucía, con muchas más responsabilidades en la vida, se siente sola, piensa que nadie la mira.

Lucía era una chica desconfiada, con una impredecible suspicacia hacia el resto de los humanos. Con su fría ironía, se protegía quienes la herían. Escondida en la soledad de su cuarto, creó una monstruosa imagen de los demás y de ella misma que plasma en una dramática obra que también tiene rasgos de chiquilla.

Por esos tiempos, desconectada de la realidad que corría fuera, visito con los profesores de mi colegio el Museo del Prado. Allí el miedo y el enigma me detenían. Recorríamos escaleras sinuosas y pasillos infinitos.

Mi atónita mirada queda detenida en la obra de Velázquez, *Las Hilanderas*:

En la pintura observo una rueda moviéndose velozmente y alrededor unas mujeres cómplices de una majestuosa obra. Afuera estaban los hombres, ajenos a estos acontecimientos. Aquellas mujeres me recordaban a Lucía. La eterna tejedora solitaria.

Lucía y yo teníamos tal grado de complicidad y un conocimiento tan profundo de la otra que, sin llegar a comunicarnos, hablábamos de nuestras inseguridades, de nuestro miedo y de nuestro extraño amor y odio recíprocos.

Ambas estábamos deseosas de conocer el mundo masculino, pero a mí me paralizaba el miedo insólito y a Lucía la frenaban sus inseguridades.

Cierto día, durante la noche, Perséfone hace sus maletas y se separa de la tejedora para que su propia diosa tome otra forma, se enfrente sola a un futuro incierto y abandone la toxicidad de sus emociones provocadas por una chiquilla histérica.

Ya no busco a Hades entre los recónditos lugares. La diosa Perséfone, en el encuentro consigo misma, saca poco a poco conclusiones y se forja como una escultura distinta.

Me desvelo muchas noches largas; la soledad se funde conmigo y, entonces, me encuentro segura, más que nunca: olvido el dolor que muchas escenas de los ingresos me causaron y me convierto en una loba. Ahora se detiene frente a su escritorio.

Entonces, dormida y sola, recuerdo a la eterna tejedora, Lucía.

A mi amiga Lucía le dedico una receta que mezcla el sabor amargo de las acelgas de nuestras vivencias junto a la leche como signo de la protección que nos mantenía unidas.

Acelgas con leche

Ingredientes:

1 ramo de acelgas

2 zanahorias

1 manzana amarilla

2 cucharaditas de leche

Nuez moscada y pimienta al gusto



Instrucciones:

Poner un cazo a hervir. Cortar las zanahorias, las acelgas y la manzana. Cuando el agua bulla, echar al agua primero las zanahorias y hervirlas durante 10 minutos. Posteriormente, añadir la manzana y dejar que se cueza durante 10 minutos más. Reservar las acelgas para el final y agregar al resto de ingredientes. Cuando la mezcla esté al *dente*, colar. En una sartén, poner un chorro de aceite y las dos cucharadas de leche. Añadir pimienta y nuez moscada al gusto. Freír durante 7 minutos y remover la verdura. Retirar del fuego.